

perro no puede tampoco hacer carrera de ellas, y si llegara á contrariarlas, acabarían por precipitar al ganado por los riscos. ¡Ea! mire V. lo que pasa.» Al decir estas palabras el buen hombre, señalábame las dos cabras, que acababan de trepar á una de las rocas mas escarpadas, y excitaban con sus balidos á los buenos de los carneros para que fueran á reunirse con ellas. El pastor envió su perro para obligarlas á bajar, mas no era cosa fácil: las dos cabras se retiraron á la cresta mas elevada, y el bravo animal que debía seguir las se esforzaba en vano para alcanzarlas. Resbalábase á cada momento por las rocas, lo cual no debía animarle mucho; los ruminantes lo saludaban con sus estornudos y el perro ladraba furiosamente. Por último, llegó hasta muy cerca de ellas; mas hé aquí que saltan por encima de él y se encaraman sobre otra cima, donde se repite la misma escena. Entre tanto se habian diseminado los carneros, y corrían tan ciegamente por el borde de los precipicios, que nos inspiraban ya inquietud. El pastor llamó entonces á su perro, y satisfechas con esto las cabras, encargáronse de nuevo de la conduccion del ganado. Al cabo de media hora le sacaron felizmente de las rocas sin perder un solo carnero.

Los pastores de Suiza no son mas afortunados que sus cofrades de Andalucía; oigamos lo que dice sobre el particular Tschudi: «Después de haber caminado una media jornada por un verdadero laberinto de peñascos y témpanos de hielo, sin descubrir ningun hombre ni animal alguno, ve de repente el asombrado viajero una misera cabaña de piedra y musgo y á poco un pobre cabrero casi salvaje, sucio y curtido por el sol y el viento, guardando un alegre rebaño de cabras, las cuales se hallan pintorescamente diseminadas encima de los pequeños pedruscos, sobre las rocas cubiertas de musgo ó por el verde césped y dirigen sus curiosas miradas al recién llegado. Por lo general estos rebaños se componen de cabras faltas de leche, las cuales á fin de pasar el verano del modo mas económico para su dueño, van á pacer de tres á cinco meses en los sitios mas desiertos y salvajes de la cordillera, sin recibir del hombre otra cosa que el puñado de sal que de vez en cuando les echa el muchacho sobre la superficie de una peña para de este modo mantenerlas reunidas á su alrededor.

«Nuestros cabreros, dice Tschudi, viven tan miserablemente, que bien pudieran creerse léjos de todo pais civilizado. En la primavera se dirigen á la montaña seguidos de sus rebaños, y sin mas abrigo que algunos andrajos; no llevan zapatos, ni medias, chaqueton ni nada que les abrigue; solo van provistos de un saco para la sal; y cubre su cabeza un sombrero á prueba de agua. No llevan mas viveres que un poco de pan y un trozo de queso malo, tan seco todo é insustancial, que apenas merece el nombre de alimento; pero aquellos pobres pastores no tienen otra cosa. Con frecuencia sube un muchacho del valle cada mes ó cada quince días para renovar aquellas provisiones, y entre tanto debe contentarse el pobre hombre con su misera pitanza. Su pan es tan seco, que se desmigaja en su mano, y tan duro el queso, que apenas puede clavarle el diente. Cuando llega el mal tiempo, refúgiase el pastor, tiritando de frio y de hambre, en el fondo de su húmedo y solitario albergue donde solo le puede consolar una buena hoguera. De vez en cuando sale para vigilar sus animales, cuya suerte puede envidiar seguramente, pues hallándose tan expuestos como él á los rigores del clima de los Alpes, disfrutan de ventajas de que no puede participar el hombre. Llegado el otoño, pastores y rebaños bajan á los pastos menos frios, ocupados por las vacas.»

Los pastores griegos, con los que he pasado varios días en los alrededores del lago Anakal, no son mas afortunados que los de los Alpes suizos y los Pirineos: por la noche les ator-

mentan los mosquitos, y de dia, cuando son mas abrasadores los rayos del sol, deben trepar por las mas escarpadas rocas para reunir sus rebaños. En Grecia no hay casi mas ganados que las cabras; ellas pueblan todas las montañas, y se reconoce su presencia desde léjos por el fuerte olor que despiden los machos. Entre Atenas y Tebas atravesamos por un pequeño valle donde era insoportable este olor; centenares de cabras corrían por los pasos mas peligrosos, y detrás iban los pastores trepando con admirable agilidad.

En varios puntos, como sucede en los Alpes, se dejan abandonadas las cabras en los pastos, donde las van á buscar en el otoño, y mas de una falta con frecuencia al llamamiento. Todos los días, ó solo una vez por semana, les lleva un criador un poco de sal, que reciben en el punto donde acostumbra á detenerse el hombre, y á la hora misma á que suele ir.

Arrastradas á veces por su curiosidad, se reúnen estas cabras con las gamuzas y viven una vida completamente libre; las que de estas fueron desde pequeñas á pacer en la montaña, se parecen á sus congéneres, no solo en su aspecto, sino tambien en la seguridad y atrevimiento con que saltan de una parte á otra; compiten en trepar con las gamuzas y los íbex y suben como ellos á las altas cumbres. En los Alpes de la Carniola he visto pacer á las hermosas cabras domésticas, de color pardo rojo, casi con el mismo gusto que á la gamuza; nadie cuida de ellas; pacen formando manadas cerradas; frecuentan determinados sitios y permanecen en ellos; evitan cuidadosamente aquellos lugares en que pudieran causarles daño los cantos erráticos que se desprenden de lo alto, y saben librarse con gran habilidad de estos, cuando ruedan despeñados de las cimas y amenazan aplastarlas.

Yo mismo fui testigo de semejante destreza en cierta ocasion que echando á rodar grandes piedras desde lo alto de una escarpada peña, vi huir precipitadamente un rebaño de cabras, que estaban ocultas en el fondo de la misma y cuyo reposo se vió turbado por la caída de aquellas: no bien oyeron los prudentes animales el ruido producido por los pedruscos al chocar contra las rocas, sin reflexionar en lo mas mínimo, emprendieron la fuga precisamente en la direccion mas oportuna para evitar el peligro que los amenazaba. En los Alpes de la Carniola y Carintia son pocas las cabras que mueren aplastadas por los cantos rodados, y es tambien muy raro que se extravie ó despeñe una de ellas ya familiarizada con aquellos escabrosos sitios.

En el interior de Africa pacen las cabras libremente, pero por la noche se guarecen en una especie de aprisco ó recinto (seriba) cercado de espinos, que las pone á cubierto de los carnívoros. Se encuentra muchas veces en medio de una selva virgen un rebaño de cabras, algunas de las cuales trepan por los árboles mientras las otras están paciéndose debajo. De todas las que ví, me parecieron las enanas las mas diestras y retozonas, habiéndome demostrado, con gran asombro de mi parte, que los ruminantes pueden tambien trepar á los árboles.

Nada mas curioso y encantador que ver á ocho ó diez de estas pequeñas cabras paciéndose en la copa de una gran mimosa en una selva virgen: trepan por un tronco inclinado hasta llegar á la alta copa y se mueven despues fácilmente en medio del ramaje. He visto con frecuencia á algunos de estos atrevidos animales en posturas que eran al parecer imposibles para un ruminante: los cuatro piés descansaban sobre una rama, y por mucho que esta se agitase, la cabra conservaba siempre el equilibrio, alargando de derecha á izquierda el cuello á fin de poder alcanzar las jugosas hojas de las mimosas: bajo los árboles en forma de paraguas que crecen en las estepas y que con dificultad puede treparse á lo largo

de ellos, vése generalmente á las cabras enanas enderezarse sobre las patas traseras para poder coger las ramas mas elevadas, y toman en este caso una postura tan singular, que, segun Schweinfurth, se podrian tomar de léjos por seres humanos.

El viajero que camina por medio de las estepas se ve rodeado á veces de pronto por una multitud de estos animales, que le piden un poco de alimento, y algo mas léjos se descubre una tienda de campaña en la que viven varios pastores harapientos, curtidos por el sol, y cuya única riqueza consiste en un odre lleno de agua, un saco de grano, un haz de heno, una muela y una baldosa de barro cocido para tostar su harina. Toda la noche reina la mayor agitacion en el aprisco, pues de todos los animales domésticos las cabras son las que menos duermen; siempre están excitadas algunas, y hasta en las tinieblas pelean entre sí, corren ó se ejercitan en trepar.

Aumenta el tumulto cuando un carnívoros, el leon por ejemplo, se acerca al rebaño; cada cabra parece poseer diez voces distintas; balan lastimosamente, y si divisan á través del cercado los brillantes ojos de la fiera, su espanto no tiene límites. Corren aturridas por el recinto, precipitándose contra la cerca, trepan y se agitan en todos sentidos. Los nómadas dicen que el leon jamás acomete á un rebaño de cabras á no estar muy hambriento, al paso que es muy peligroso para los bueyes; el leopardo, por el contrario, es el mayor enemigo de aquellos ruminantes.

Los europeos importaron en América las cabras, que desde mucho tiempo se hallan extendidas por todo aquel continente. Parece que su cria se ha descuidado, no obstante, en el Perú, en el Paraguay, en el Brasil y Surinam, mientras que es muy atendida en Chile. En las Antillas existen tres razas ó especies diversas.

La cabra no ha sido importada en Australia hasta hace poco, y se ha propagado ya mucho.

De las observaciones hechas, resulta que de 576 especies de plantas de nuestros países, la cabra come de 449. Por su régimen se reconoce sobre todo cuán caprichoso es el animal: busca siempre un nuevo alimento, los va probando sucesivamente, y no toma siempre el mejor. Gústale principalmente las hojas de los árboles, y por lo mismo ocasiona grandes daños en los tallares y jardines. Come, sin que le perjudiquen, las plantas nocivas para otros animales; el euforbio, la celidonia, la siempre-viva, la fáfara, la melisa, la salvia, la cicuta, el tabaco, y hasta las puntas de cigarro, que tanto repugnan por la nicotina á muchos mamíferos. El euforbio le produce diarrea, pero no le perjudica; la graciola y el tejo son para la cabra venenos, y el gallarito y el bonetero le hacen daño. Prefiere las hojitas tiernas y las flores de las gramíneas, las coles, los rábanos y las hojas de los árboles; todas las plantas que crecen en los puntos elevados y secos donde da el sol, son las que mejor digiere. No pacen en las praderas donde se haya echado estiércol ú otro abono fétido, aunque haga mucho tiempo: las cabras libres no beben sino agua; á las que habitan el establo se les da una bebida tibia en la que se mezcla salvado, centeno y sal.

A los seis meses puede reproducirse la cabra: entra en celo por setiembre ó noviembre, y una segunda vez en marzo; entoncez bala con frecuencia meneando la cola, y si no tiene macho, enferma.

El cabron está en celo todo el año, y cuando tiene toda su fuerza, es decir de dos á ocho años, basta uno solo para cien cabras.

Después de una gestacion de veintidos semanas pare la hembra uno ó dos pequeños, rara vez tres, y menos aun cuatro ó cinco; en este último caso suele sucumbir muy pronto:

la madre ó su progenie. A los pocos minutos de nacer se levantan los cabritos y buscan la teta de su madre; al dia siguiente corren de un lado á otro, y á los cuatro ó cinco dias siguen por todas partes á la hembra. Crecen muy de prisa; á los dos meses tienen los cuernos, y al año son adultos.

USOS Y PRODUCTOS.—La utilidad de la cabra es considerable, y en muchos países constituye la riqueza del pobre. Su manutencion cuesta muy poca cosa; casi nada en verano, y se aprovecha del animal la leche y el estiércol. Lenz calcula que una cabra bien alimentada podria producir en un año 850 litros de leche, que representaban en 1834 un valor de cerca de 100 pesetas, suma que debe haber aumentado en la actualidad.

En varios países, como por ejemplo en Egipto, las cabras llegan con las tetas llenas á la puerta de las lecherías y se las ordeña á la vista del comprador; tambien se vende la leche caliente y sin adulterar. En las grandes ciudades de Egipto se ven mujeres seguidas de sus rebaños de cabras, que pregonan de vez en cuando su mercancía elogiando la calidad, y á sus gritos «*lebn, lebn hiltwe*» esto es, «leche, leche dulce» suele abrirse alguna que otra puerta, por donde sale la criada furtivamente ó un moreno etiope para llenar su jarra.

Los habitantes del Sudan, asi nómadas como sedentarios, ordeñan sus cabras dos veces diarias; cuando la leche molesta á estos animales, corren como locos á la casa de su amo, la cual saben hallar con suma facilidad.

Las cabras de pelo largo son mas útiles aun por este que por su leche; las de Angora y las de Cachemira no son buenas mas que por su lana.

De este ruminante se utiliza además la carne, la piel y los cuernos: la carne de cabrito tiene buen gusto, aunque es algo seca; y no es mala tampoco la de la cabra de mucha edad; los árabes de Zanzibar la prefieren á la de buey.

Con la piel de estos animales se fabrica cuero de Córdoba ó cordobán, y algunas veces pergamino. De Levante proceden siempre los mejores cueros: con la piel del macho se hacen tambien pantalones, guantes y odres, en los que conservan los griegos el vino y los africanos el agua; los torneros trabajan los cuernos y los médicos de Levante los utilizan á guisa de ventosas.

LOS KEMAS — HEMITRAGUS

CARACTERES.—Debemos consagrar algunas palabras á unos cápridos que se distinguen por sus cuernos comprimidos lateralmente y de prominencia anterior: los del macho tienen tres ó cuatro caras cubiertas de pliegues trasversales anulares; los de la hembra son redondeados y están cubiertos de arrugas; las fosas nasales se abren en un espacio desnudo y mucoso, ó mejor dicho, en un verdadero hocico; y la hembra tiene cuatro mamas.

EL KEMA THAR Ó TAHIR—HEMITRAGUS IEMLAICUS

CARACTERES.—El *thar* ó *tahir* ó *araharal*, segun le ha llamado su descubridor, Hamilton Smith, es un magnífico animal de gran tamaño: mide 1^m,08 de largo, y 0^m,87 de altura hasta la cruz; la cola es de 0^m,09. Tiene la talla de una verdadera cabra y los cuernos no difieren mucho de los otros cápridos. Nacen sobre el ojo y á bastante distancia de este: muy unidos en la base, dirigen luego oblicuamente hácia atrás, se aplican casi sobre la cabeza, separándose despues, y en el último tercio de su longitud se inclinan hácia dentro y abajo, doblándose la punta hácia fuera. Cubren el cuerpo se-

das largas, bastas y compactas, y un bozo muy fino; el pelo es abundante, muy largo en algunos sitios. La cara, las partes inferiores de la cabeza y los pies, están cubiertos de pelos cortos; los del cuello, de las piernas anteriores y de la parte posterior de los costados, miden cerca de 0",30 de largo en el macho; la crin de la hembra no está mas que indicada; carecen de barba los dos sexos. Segun se ha visto en el macho que hay en el Jardín zoológico de Londres, el pelaje de verano difiere mucho del de invierno, y la crin aumenta con la edad. El color cambia tambien: los machos viejos son de un pardo leonado claro, mas oscuro en algunos sitios; desde la frente se corre hasta el hocico una faja ancha y negra, que se continúa por el lomo hasta la cola; los machos jóvenes y las hembras son de un pardo oscuro, y tienen las piernas negras, excepto una lista clara en la parte posterior. Encuéntrense con bastante frecuencia individuos cuyo pelaje es gris pizarra leonado, con mezcla de rojo. La frente y la parte superior del cuello y del lomo son rojas ó de un pardo oscuro; la garganta, la parte inferior del cuello, el vientre y la cara interna de los miembros, de un amarillo sucio con visos grises y apizarrados. Rodea el ojo, y descende hasta la boca, una faja rojiza ó de un negro oscuro, que se aclara en último término; y en la mandíbula inferior hay una mancha del mismo tinte. Los cuernos y los cascos son de un gris negro.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El tahir es propio de las montañas de Asia, pero no se sabe qué espacio comprende el área de dispersion de este animal: no sería imposible que se le encontrase tambien en China.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Markham nos ha dado algunos detalles acerca de la vida de este animal, poco conocido aun; véase lo que dice: «El tahir habita las vertientes pedregosas, herbáceas y desnudas de árboles; y tambien se le encuentra en los bosques de terreno peñascoso y quebrado. A una altitud de mas de 2,000 metros sobre las vertientes sur y oeste, los bosques son encinares que crecen en un terreno seco y pedregoso: los árboles están muy separados, y las yerbas son casi iguales á las de las colinas que carecen de aquellos; en las otras vertientes donde es mayor la espesura de los bosques, solo se ven algunos tahir.»

CAUTIVIDAD.—Apenas se sabe nada de las costumbres de este animal en estado libre: segun Adams, el cual le encontró con bastante frecuencia en las montañas de Cachemira, vive el tahir reunido en rebaños; pasa el día en el interior de los bosques y en los lugares sombríos; sale al anochecer en busca de alimento, y no es raro verle pacer en compañía del markhor ó cabra de Falconeri.

Si se le coge pequeño, acostúmbrase pronto á la domesticidad y se familiariza fácilmente: le gusta trepar; es alegre y retozon como todas las cabras, y podría llegar á ser muy bien un animal doméstico. En la India se han conservado individuos en las regiones cálidas, y han soportado fácilmente el clima. El tahir se acostumbra pronto al ganado menor, y los machos, sobre todo, parecen encariñarse con las cabras y las ovejas. Van detrás de ellas y las defienden contra los machos celosos. Se ha observado que el tahir se apareja sin dificultad con dichos rumiantes, y segun dicen los indigenas, tambien con el cervatillo, aunque sin buen resultado. Resulta de aquí que el tahir es por sus costumbres una verdadera cabra: es de carácter independiente, valeroso, precavido, vigilante, ligero, ágil y duro para la fatiga; tiene mucha inclinacion á los animales de otro sexo, y es por lo tanto pendenciero con sus semejantes.

EL APLICERO AMERICANO—APLOCERUS AMERICANUS

Este animal, llamado *cabra blanca ó de montaña* por los

americanos y *name* por los habitantes del Canadá, se distingue de los miembros de su familia por la forma especial de los cuernos, de modo que se le considera como representante de una especie particular (*aplocerus*). Algunos lo han considerado como antilope; pero no puede menos de convenirse en que es una verdadera cabra, pues excepcion hecha de la cornamenta, todos los demás caracteres corresponden á los de los cápridos.

CARACTÉRES.—El aplicero americano (*capra montana*, *ovis montana*, *capra*, *antilope*, *rupicapra* y *mazama americana*, *aplocerus lanigerus* y *montanus*, *capra columbiana*, *antilope lanigera*, *mazama sericea* y *dorsata*) tiene el mismo aspecto que la cabra doméstica, si bien su cuerpo, esbelto, parece mas recogido y el cuello mas corto, á causa de su abundante pelaje: mide 1",20 de largo, la cola 0",09; su altura hasta la cruz es de 0",68, y de 0",73 hasta el sacro. La cabeza es prolongada, los ojos grandes, las orejas medianamente largas y puntiagudas. Los cuernos, que se distinguen tanto por su pequeño tamaño y esbeltez como por su direccion y pliegues que les cubren, tienen á lo mas 0",20 de longitud; casi redondos en la base, ligeramente anillados en la mitad inferior, algo comprimidos por los lados en el segundo tercio y otra vez redondeados en la punta, no presentan bordes ni aristas; en la mitad de su longitud ofrecen una protuberancia en forma de círculo, la cual se repite, aunque de un modo menos pronunciado, cerca de la punta, y se dirigen en sencillo y suave arco hácia arriba, atrás y afuera. La corta cola está poblada de pelo en la parte superior y en los lados; las piernas son robustas, si bien, á causa del pelaje, lo parecen mas de lo que realmente son; las uñas y los cascos no difieren de los de las otras cabras salvajes; los últimos están cubiertos en su mitad superior de pelos ásperos y recios, en consonancia con la robustez de sus piernas. El pelaje, de color uniforme, se compone de sedas largas y erizadas y de un bozo fino largo y liso, que unas veces se presenta confundido con aquellas y otras separado: en la cara y en la frente se nota tan solo el bozo espeso, fino y rosado sin mezcla de sedas; estas y aquel se mezclan para cubrir el cuello, los costados y los muslos; falta por completo el bozo en la nuca, en la parte superior é inferior del cuello, en el dorso, en la cola, en el pecho y en la cara anterior de los muslos posteriores. Levántase en el occipucio un espeso y largo mechón, que cae á uno y otro lado, confundiendo con la melena, que cubre la parte superior del cuello y el dorso; de la barba y de la mandíbula inferior pende una espesa barba compuesta de espesos rizos enteramente separados los unos de los otros; el cuello está cubierto de un collar de largos pelos, que cayendo sobre los omoplatos, se continúa en forma de melena sobre el lado anterior de las espaldas y la parte superior del brazo y casi cubre por completo las piernas delanteras, dejando tan solo libre el tercio inferior de las mismas; una melena parecida envuelve la cara anterior de las piernas posteriores hasta llegar á la parte superior del calcañar; la cola presenta un hopo compuesto de sedas largas y espesas. El bozo cubre toda la cara, los ojos hasta los párpados, y la nariz hasta el borde de las fosas nasales; las orejas, por el contrario, están guarnecidas, así por dentro como por fuera, de sedas espesas y erizadas, las cuales, á diferencia de lo que sucede en otros animales, se dirigen hácia la punta de aquellas. El pelaje es bastante compacto y parece grasiento, como el vellón del carnero.

El individuo aquí descrito es una hembra guardada en el museo de Leiden, y segun datos de un naturalista americano, el macho difiere de esta por su mayor tamaño, por tener los cuernos mas fuertes, aunque de la misma forma, y la barba mas larga: un cabrito existente en el museo citado carece de

bozo, y su pelaje, de color blanco puro, es liso y medianamente largo, prolongándose algo mas en la frente y en la nuca que en el resto del cuerpo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El aplicero americano es propio de la América septentrional; habita al norte de las Montañas Pedregosas y se extiende hasta los 65° de latitud. Segun Baird, se presenta en gran número en las altas cordilleras del territorio de Washington, y el príncipe de Wied dice que habita principalmente las fuentes del Colombia.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—No hemos sabido nada tocante al régimen de este animal hasta los últimos tiempos; segun datos de un corresponsal anónimo, habita á tan considerable altura, que no encuentra para alimen-

tarse mas que líquenes, musgos y otras plantas alpinas de las especies mas vivaces; tan solo en muy contados y favorables casos puede comer algunas ramas de cierto pino (*pinus contorta*) y otros arbustos poco frondosos. Durante este tiempo pasa una vida bastante agradable y cómoda; pero se hace esta muy difícil y penosa cuando llega el invierno, y se ve obligado á abandonar los pastos de lo alto de las montañas. Durante el verano sube á una altura de 5,000 metros y escoge con preferencia su morada en la region inferior de las nevaras que están derritiéndose; en invierno baja algo mas, pero sin por esto abandonar totalmente la parte elevada de las cordilleras. En aquellos desiertos salvajes muy raras veces visitados por el hombre vese al aplicero recorrer los tortuo-



Fig. 255.—EL TRAGELAFO

senderos del monte á toda prisa y sin el menor cuidado; salta de uno á otro peñasco con el aplomo y seguridad propios de su raza y trepa aun á aquellas rocas que parecen mas inaccesibles. A diferencia de lo que sucede en otras especies de cápridos, en la nuestra guían los machos la manada y siguen tras ellos las hembras y los pequeñuelos alineados en fila; cuando se les inquieta ú oyen la detonacion de un arma de fuego, echan á correr en precipitado galope por los bordes de los precipicios mas espantosos, siguiendo todos la misma huella del guia, y salvan los abismos mas bien con la gracia y ligereza de un sér alado que á la manera de un cuadrúpedo ágil y diestro. El aplicero es por lo comun muy prudente y precavido; sus sentidos del oído y del olfato están extraordinariamente desarrollados, por lo que es muy difícil aproximarse á él y matarle, y escapa casi siempre á la persecucion del hombre. La hembra pare á principios de junio, pues desde esta época se ven cabritos generalmente; va uno detrás de cada madre, raras veces dos y gemelos; los pequeñuelos son muy graciosos y aficionados al retozo; saltan y trepan con la misma agilidad y acierto que todos los cápridos.

CAZA.—Hecha abstraccion de algunos naturalistas y unos pocos cazadores montañeses apasionados por la caza de nues-

tro animal, no hay mas que los indios que cacen al aplicero en aquellas alturas desiertas é inhabitadas de la América septentrional.

USOS Y PRODUCTOS.—Su carne no es estimada, pues aun la del cabritillo es dura y huele á macho cabrio, en términos que ni siquiera agrada á los indios, á pesar de lo poco delicado y exigente que es el paladar de estos. Al aplicero se le caza casi tan solo por su vellón que es enviado á los almacenes de la Compañía de la Bahía de Hudson. A principios del año 1860 estos vellones se vendian á muy buen precio, pues con ellos se confeccionaban cuellos y manguitos parecidos á los que se preparaban con la piel de un mono de Africa y que eran á la sazón llevados con delirio por las damas. Cambió la moda, y sufrieron tambien una notable depreciacion dichos vellones, de modo que hoy no se paga mas que un marco por uno de ellos.

ACLIMATACION.—Lord, el cual en los últimos tiempos examinó detenidamente el vellón del aplicero como tambien las telas preparadas con el mismo, cree que podría aclimatarse el animal en las montañas de Europa; pero Lord parece olvidar que nos sería mucho mas ventajoso y no menos fácil aclimatar y multiplicar entre nosotros á la cabra de